

ya el Rey tarasco había fallecido de viruelas y reinaba su hijo *Tsinsicha*, que por toda respuesta los mandó sacrificar, para que fuesen adonde moraba su padre á llevarle el mensaje.

CAPÍTULO VIII

Apuestos militares de Cortés contra México.—Ataque á los pueblos de las cercanías de él.—Conspiración contra la vida de Cortés.—Distribución de las fuerzas españolas y aliadas.—Sitio de México.—Episodios de él.—Españoles sacrificados y embajada de los sacerdotes á los aliados y pueblos vecinos.—Repetidos asaltos.—Rendición de México.—Prisión de Cuauhtemoc.—Carácter de Motecuhzoma, Cuauhtemoc y Cortés.—Juicio sobre la conquista.

Instalado ya Cortés en Tezcoco, arreglado su gobierno bajo la dirección de *Tecocóltzin* por muerte de *Cuicucatzin*, comenzó á moverse sobre los pueblos litorales de México, de Norte á Sur, á fin de ocupar toda la parte occidental del valle. Dió primero sobre Ixtapalapa, donde cayó en una celada que le tendieron los Méxica, escapando con gran trabajo, aunque destruyeron el pueblo; siguieron sobre Chalco y Mixquic apoderándose de aquél. Los Méxica á su vez invadían el campamento español y organizaban expediciones sobre las tierras adictas á los invasores ó conquistadas por D. Hernando. Los bergantines estaban bastante adelantados, al grado que salieron en Febrero á traerlos á Tezcoco varios capitanes de Cortés auxiliados por gran cantidad de Tlaxcaltecas; 8.000 indios cargaban la tablazón y piezas de los bergantines y otros más traían los accesorios, cubriendo la marcha y protegiéndola 20.000 guerreros tlaxcaltecas.

Mientras se armaban y alistaban, volvió Cortés á merodear por los pueblos circunvecinos á Tenochtitlán, dando sobre Xaltocan, Tlacopan y Popotla, que fueron tomados é incendiados, volviéndose el ejército á Tezcoco al cabo de doce días.

El 5 de Abril hizo otra salida sobre Chalco y Cuauhnahuac, que con grandes pérdidas y trabajos alcanzó á vencer, quitando con ello á los Méxica el eficaz y poderoso auxilio de los Tlahuica; volteó por las faldas del Axocho, y el día 15 del dicho mes se presentó frente á Xochimilco. Tuvo allí Cortés un terrible combate en que estuvo á punto de caer prisionero, pues faltó de su caballo y herido en la cabeza, ya se habían apoderado de él unos guerreros Méxica, que por su afán de sacrificarlo ante Huitzilopochtli, dieron tiempo á que acudiesen en su socorro.

Al día siguiente resistió el empuje y ataque de los Méxica, que le hicieron retroceder, pudiendo guarecerse y descansar en Xochimilco, que incendiaron al retirarse, huyendo por Coyoacán, siempre hostigados, hasta Tlacopan para venir á rendir la jornada en Cuauhtitlán, y dos días después, lunes 22, volvieron á entrar en Tlaxcallán.

En esos días se fraguó en el campamento español, y por los españoles, una conspiración contra la vida de Cortés, que descubierta á tiempo fué sofocada, y su principal agente, el soldado Antonio de Villafaña, fué ahorcado en una ventana de su aposento. Siguió D. Hernando ocupándose de aumentar el armamento y municiones, haciendo para ello traer todas las más que fué posible de la Villa Rica, y sobre todo tres piezas gruesas de hierro llegadas de Jamaica.

El domingo 28 de Abril, después de oír misa y comulgar, formado el ejército á orilla del lago, el P. Bartolomé de Olmedo bendijo las naves, y en medio de vivas y un solemne *Tedéum* desplegaron sus velas. Resultó de la revista que se hizo entonces que había: 86 de á caballo, 118 ballesteros y arcabuceros, 700 peones de espada y rodela, tres cañones de hierro, 15 pequeños de bronce, 10 quintales de pólvora y bastantes repuestos para las ballestas; los aliados, al mando de Alonso de Ojeda, eran 180.000.

Distribuyó D. Hernando su ejército de esta manera: dió á *Pedro de Alvarado* la primera división, compuesta de 150 in-

fantes, 18 ballesteros, 30 caballos, 25.000 aliados y dos cañones, mandándole á establecer su cuartel en *Tlacopan*.

Á *Cristóbal de Olid* encomendó la segunda división, formada con 160 infantes, 18 ballesteros, 33 jinetes, 20.000 aliados y dos piezas de artillería, yendo á situarse en *Coyoacán*.

Gonzalo de Sandoval fué mandado á *Ixtapalapa*, con 24 de á caballo, cuatro arcabuceros, 13 ballesteros, 150 peones y 30.000 aliados, y ésta era la tercera división. Cada una de ellas estaba dividida en tres compañías y en el orden enunciado las mandaban: Jorge de Alvarado, Andrés de Monjarras y Gutierre de Badajoz; Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y Francisco Verdugo; Luis Marín, Hernando de Lerma y Pedro de Ireio. Cortés se reservó el mando especial de los 13 bergantines.

El 21 de Mayo debería haber sido la marcha de los Tlaxcaltecas, y entonces se notó la desaparición de *Xicoténcatl* y se supo regresaba á Tlaxcallán; mandó Cortés á Ojeda que lo alcanzase y lo ahorcara como desertor, y ambas cosas fueron efectuadas, aprobando tal procedimiento los señores Tlaxcaltecas.

Así pudo al fin Cortés vengar el desvío con que siempre este ilustre Tlaxcalteca había visto á los blancos.

Del 22 al 31 de Mayo se situaron en su respectivo lugar, de antemano acordado, los tres jefes con sus tres divisiones, habiendo interrumpido el día 26 el caño de agua de Chapultepec; en la toma de Ixtapalapa auxilió Cortés con los bergantines á la división de Sandoval, y aunque sobre ellos se destacó una flotilla de 500 canoas, al soplar el viento marcharon sobre ella los navíos y las echaron casi todas á pique. Siguió á eso la toma del fuerte Xóloc en que se instalaron los cañones más grandes y con ellos se hicieron pedazos los parapetos y alturas cercanas; desde este día 20 de Mayo de 1521 comenzó el sitio.

Comprendió perfectamente Cuauhtemoc lo difícil de su situación y quiso que el Tlatocan decidiera de los destinos

de la ciudad eligiendo la paz ó la guerra. El ilustre cuerpo resolvió *ser más conveniente morir que ser esclavos de los españoles*. Se proveyeron de víveres en la mayor cantidad posible y fueron armadas cuantas personas se encontraron aptas, sin distinción de clase ni condiciones; la cifra más verosímil del número de los defensores de México es la de 40.000 hombres, atacados por 65.000 aliados. Si al ataque del ejército de Cortés se le ha llamado *glorioso*, á la resistencia del caudillo de México debe llamarse *heroica*.

Abandonando la antigua táctica, ordenó Cuauhtemoc se desamparasen los Teocalli, se aumentaran las cortaduras haciéndolas bien anchas y profundas y se destruyeran las calzadas; arregló una flotilla de canoas protegidas por una especie de bandas é hizo construir grandes estacadas debajo del agua para que varasen los bergantines, completando las defensas con zanjas que se hicieron paralelamente á los edificios, por donde las canoas pasaban fácilmente y los caballos no podían moverse.

Cortés sentó sus reales en Coyoacán y Tlacopan, mandando más tarde á Sandoval á Tepeyacac; así colocado, por medio de la caballería tenía constante comunicación con todos los capitanes para auxiliarse mutuamente, impidiendo á la vez llegasen toda clase de víveres y agua á la ciudad.

El primer golpe de mano que dió Cortés fué la toma del fuerte Xóloc, que abrió camino para penetrar al interior de la ciudad, y á esto siguió la toma del gran Teocalli, efectuada el 16 de Junio, á la vez que Alvarado y Sandoval lo graban avanzar por el rumbo de Tlacopan. Al cabo de varios días de sangrientos combates, obligaron á los Méxica á refugiarse en Tlaltelolco, abandonando la parte Sur de la ciudad. Poco á poco fueron estrechando el sitio, después de no pocos combates, aunque por ambas partes sobraban el denuedo y valentía; los Méxica, que no habían calculado tan larga la prolongación del sitio, empezaron á carecer de lo necesario y á sufrir los horrores de la sed, hambre y peste.

Aprovechando estas malas condiciones de los Méxica, creyó Cortés conveniente dar un nuevo ataque general, y eligió para ello el aniversario de la *Noche triste*, ó sea el domingo 30 de Junio.

Salieron de Xóloc siete bergantines y 300 canoas con los aliados; Cortés penetró en la ciudad con 25 jinetes, todos los peones de su campo y escuadrones auxiliares, más la artillería; le seguía Alderete con gran número de aliados cubriendo la retaguardia. Marchó por las hoy calles de Santo Domingo, y por las de Manrique, Esclavo y Pila Seca; llegaron Tapia y Jorge de Alvarado, que venían á cuidar el flanco de la de Alderete. Penetró resueltamente Cortés hasta el canal del Norte, venciendo cuanto á su paso se presentó; pasaba ya el canal de Tlaltelolco cuando el ronco y terrible sonido del caracol de Cuauhtemoc, unido al lúgubre tañido del *Teohuehuell*, espantosa gritería y atronadores alaridos, le hicieron detenerse: era que Alderete, olvidando cegar los pozos que á retaguardia dejaba, había sido envuelto: desorden, confusión y pánico se apoderó de las tropas agresoras, que en desorden huyeron, habiendo Cortés caído en manos de cuatro soldados tlaltelolca, que forcejeaban por meterlo en una canoa para llevarlo vivo y sacrificarlo á Huitzilopochtli; mas á tiempo llegó Cristóbal de Olid, que de un tajo cortó la mano del que le tenía agarrado y le desembarazó de una vieja que estaba á punto de estrangularle.

El desastre fué completo, y en él perecieron capitanes de importancia, perdiéndose lo ganado, pues los Méxica recobraron la ciudad, volvieron á abrir las cortaduras y levantaron parapetos.

Los sacerdotes nahuas enviaron embajadores á los aliados y á los pueblos vecinos, llevando las cabezas de los españoles sacrificados, mandándoles decir que su dios Huitzilopochtli les había dicho que pronto acabarían con todos los hispanos y que para la fiesta *Hueytecuilhuitl* los sacrificarían sin quedar uno.

Algunos de los aliados lo creyeron; así fué que el primero de Julio dejaron el campamento la mayor parte de ellos, quedando solamente los Acolhua y Tlaxcalteca; mas Cortés les mandó decir esperasen el tiempo señalado por el dios de México, y así lo hicieron.

Como el fuerte Xóloc permanecía en poder de Cortés, bien provisto y defendido, desde él siguió hostilizando á los Méxica, y ellos no podían nada contra él; Alvarado conservaba también sus posiciones de la calzada de Tlacopan, llegando poco á poco á dominar hasta donde hoy es calle de la Mariscal: en estas circunstancias recibió Cortés nuevo auxilio de Ixtlixochitl con numeroso ejército acolhua.

Pasaron los dieciocho primeros días de Julio en hacer ver la falsedad del pronóstico de los sacerdotes de Huitzilopochtli, rechazando ataques que ya no tenían importancia alguna, pues tal era el grado de peste y hambre que tenían sobre sí los míseros sitiados. Llegó á la sazón un barco de los de Ponce de León con gente y municiones, y ambas cosas se le remitieron luego á Cortés. Decididos los aliados á prestar su auxilio á éste, pues vieron lo falso de la profecía del dios nahua, se aprestaron á un nuevo ataque, no sin que antes D. Hernando propusiese otra vez más la rendición y la paz, que rechazó el indomable Cuauhtémoc.

El 20 de Julio penetró Cortés por la calzada de Iztapalapan; llegó al gran Teocalli, destruyendo é incendian lo todo lo que pudo á su paso; tres días duró en esta faena, y en el último una carga de caballería que hizo dar sobre los pobres Tenochea, produjo víctimas sin cuento. En esta jornada Ixtlixochitl hizo prisionero á su hermano *Coanacóchtzin* y tuvo la villanía de entregarlo á D. Hernando.

El 24 de Julio penetraron los españoles y aliados hasta la actual calle de Tacuba, y entonces se pudo comunicar Cortés con Alvarado, y siguió la devastación hasta el canal de Tlaltelolco. Por este rumbo, Sandoval poseía la parte oriental de él y Alvarado avanzaba para allá cuanto podía; el 27

forzó éste el paso del canal del Poniente y tomó el teocalli de Tlatelolco, obligando á los Méxica á retraerse al centro de este barrio, ó sea al sitio que actualmente ocupa la iglesia de Santa Ana, hacinándose en el corto espacio de tierra que hay de Santa Ana á Santa Cabarina (de Norte á Sur) y en la extensión que va del Carmen á la Calzada de Santa María la Redonda (de Oeste á Poniente), como unas 60.000 personas enfermas y hambrientas.

En relativo descanso se pasaron los días que corren del 29 de Julio al 6 de Agosto; el día 7 se dió un nuevo asalto, al que ya casi no contestaron los Méxica y en el que murieron como 12.000 de ellos.

El viernes 9 un guerrero, vestido con las insignias de Ahuizotl, tomó sólo tres prisioneros españoles, que fueron sacrificados á Huitzilopochtli; el sábado 11 y el 12 se pasaron esperando la llegada de Cuauhtemoc, á quien invitó Cortés á conferenciar, y no llegó. Esto ocasionó gran irritación en D. Hernando, y ordenó se diese un asalto, en el que perecieron muchos sitiados: ese día debería haber concluído todo si D. Hernando no hubiera mandado retirar la fuerza aliada, por no aguantarse la pestilencia de tanto cuerpo muerto.

Quedaron reducidos los desventurados Méxica á un espacio bien corto de tierra, que estaba inundado por el agua de los lagos y la de las lluvias torrenciales, en que nadaban los cuerpos de los muertos cubiertos de gusanos. Llegó, por fin, el día 13 de Agosto del año 1521, en que el calendario romano celebraba al mártir San Hipólito, y correspondía al *Ce Coatl* de la veintena *Tlaxochimaco* del año *Yei Calli*, fecha en que se completaban setenta y cinco días de sitio; marchó Sandoval al amanecer á ocupar la laguneta con los bergantines; Alvarado se dirigió al mercado, y Cortés salió del real con los tres cañones de guerra; en su camino encontró millares de hombres moribundos, mujeres macilentas y niños enflaquecidos que marchaban hacia el campamento español;

ordenó Cortés no se les hiciese daño, pero los aliados los robaron y dieron muerte á más de 15.000 personas.

Solamente quedaron en los templos, sobre las azoteas de las casas y en las canoas los sacerdotes y guerreros armados y vestidos con sus insignias, esperando la muerte impasibles, aunque flacos por el hambre y los trabajos. Volvió á ofrecérseles la paz, y después de conferenciar con su Empeador volvieron á decir que no la aceptaban; mandó entonces Cortés romper el fuego de los cañones, y serían entonces como las

tres de la tarde; los Méxica se precipitaron por el Oriente y Sur sobre los bergantines, aprovechando Cuauhtemoc aquella última escaramuza para salir en una canoa por la zanja de Santa



Prisión de Cuauhtémoc.

Ana, que iba á desembocar al canal de Occidente, ganar á todo remo el lago y refugiarse en el Cuauhtlálpan.

Observado por García de Olguín el movimiento de las canoas fugitivas, tendió las velas de su bergantín, poniéndose en su alcance; ya los tenía á tiro, y ballesteros y arcabuceros iban á disparar por la proa, cuando Cuauhtémoc se puso en pie y dijo: «*No me tiréis, que yo soy el Rey de México y de esta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues á mi mujer, ni á mis hijos, ni á ninguna mujer, ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche.*»

Todos fueron trasladados al bergantín con grandes consideraciones y respetos, virando de bordo para la isla. En el camino se encontró con el montado por Sandoval, quien como jefe de la armada exigía que se le entregase al real prisionero, á lo que se resistía García de Olguín, emprendiéndose larga y enojosa disputa entre ambos. Lo supo Cortés por otro bergantín que se adelantó á pedir albricias, y entonces despachó á los capitanes Luis Marín y Francisco de Lugo para que sin tardanzas le trajesen al prisionero, ofreciendo dirimir después en justicia la contienda.

Cortés se encontraba en la azotea de una casa del barrio de Amaxac, é hizo que inmediatamente se aderezase un estrado para recibir al imperial cautivo. Allí le esperó, acompañado de Marina, Aguilar, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid.

Al aproximarse Cuauhtémoc, levantóse de su asiento Cortés, y con noble respeto del vencedor al héroe desgraciado le abrazó con ternura. Llenáronse á éste de lágrimas los ojos, y poniendo la mano en el mango del puñal del conquistador, le dijo las siguientes palabras, con las cuales sucumbía un Rey con su raza, con su patria y con sus dioses: *«Señor Malinche: yo ya he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cintura, y mátame luego con él.»*

Respondió Cortés, por medio de Marina, elogiando su valentía y constancia y ofreciéndole descansase en su amistad.

Llegaron después la Reina y el resto de los prisioneros, á todos los cuales se les sirvió comida, dirigiéndose después á Coyohuacán, donde quedaron instalados al lado de don Hernando.

Llegaba el sol á su ocaso, y al extinguirse, se desató una terrible tormenta que duró hasta la media noche. ¡Así se despedía de México la libertad y autonomía!!

Las pérdidas de los Méxica se calculaban en 140.000 personas, de las que 50.000 murieron de la peste; el número de

españoles muertos fué corto, y el de los auxiliares cerca de 30.000.

¡¡No sin justicia compara este sitio Bernal Díaz al de la «destrucción de Jerusalén»!!

Después del acontecimiento extraordinario que hemos narrado, no podemos menos que decir, aunque sea con brevedad, lo que en nuestro concepto fueron los tres grandes personajes de la tragedia llamada conquista y del pretendido derecho que para justificarla se ha alegado.

MOTECUHZOMA, CUAUHTÉMOC y CORTÉS son personajes que aparecen en el momento histórico fijado por la Providencia para caracterizar á la humanidad en uno de sus grandes triunfos, y también en uno de sus grandes dolores.

Fué Motecuhzoma un guerrero intrépido, valiente y denodado, digno bajo todos aspectos de regir un pueblo tan sufrido y perseverante como lo fué el méxica; degeneró de su carácter y ofuscó sus altos méritos dominado por dos grandes defectos: la superstición y la soberbia.

Con el primero perdió su carácter varonil, y con el segundo borró sus relevantes méritos, haciendo desgraciado á su pueblo y asumiendo él una actitud infeliz, digna más del desprecio que de la conmiseración.

Cuauhtémoc, espíritu elevado, lleno de digna altivez y de abnegación, sabe sacrificarse por su pueblo y para su pueblo, inmola su juventud en aras de la patria; prueba, sin jactancia, todas sus nobles cualidades, poseyendo la resolución tranquila en el cumplimiento del deber y el desprecio sereno y profundo del destino. Cuauhtémoc, como ha dicho el sabio escritor que ha sido nuestro guía, «era un mancebo que sólo abrigaba en el alma la más grande de las esperanzas, porque en ella no hay nada que esperar: hundirse con su pueblo, sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro». México y su Rey eran dignos el uno del otro, heroicos hasta la sublimidad, y no un pueblo bárbaro, como ligeros escritores lo han escrito.

Cortés es todo un carácter, un hombre extraordinario que en todos los actos de su arriesgada empresa se muestra grande; y si bien le faltan rasgos de sensibilidad y conmiseración, que en sus circunstancias hubieran sido imprudencias imperdonables, sabe mostrarse prudente y humano cuando lo cree necesario á su intento. No de otro modo habría podido dar cima á una empresa que ningún genio militar puede igualarle.

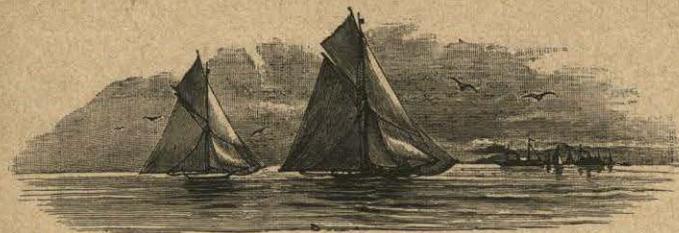
El *derecho de conquista*, admitido en aquellos tiempos, no es más que uno de los grandes errores de la humanidad, puesto que jamás se podrá justificar, ni ante la *religión*, ni la necesidad de *civilización y progreso*, el quitar á otro lo que es suyo, ni imponer á la fuerza lo que solamente la persuasión puede alcanzar.



Cortés al terminar la conquista.

La conquista fué una *iniquidad*; sus procedimientos, una *infamia*; el subterfugio del «*concorda tempora, etc.*», es sutileza de espíritus acomodaticios, y en los cuales se ha borrado, *tal parece*, las innatas y santas nociones de la justicia.

Así lo creemos nosotros, venerando en todo la santa y sabia mano de la Providencia, que en sus inescrutables juicios lo permitió para castigo de unos y escarmiento de otros.



CUARTA PARTE

Histórica y postcortesiana.

CAPÍTULO PRIMERO

Estado de la ciudad de México al terminar el sitio. — Orgías y desórdenes. — Tormento de Cuauhtémoc. — Embajada del Rey de Michoacán. — Visita Tzintzicha á Cortés. — Fundación de Medellín. — Reconstrucción de Tenochtitlán y nombramiento de sus autoridades. — Cristóbal de Tapia. — Conspiración de los indios. — Sandoval en Huatuxco y Coalyacolco. — Doña Catalina Xuárez y su muerte. — Cristóbal de Olid en Michoacán. — Encomiendas y carta al Emperador. — Cortés nombrado capitán general de Nueva España. — Expedición á las Hibueras y triste fin de Olid. — Muerte de Cuauhtémoc.

El sol del día 14 de Agosto del año 1521 brilló en el horizonte de Tenochtitlán, saludando á los nuevos señores de la reina de los lagos, convertida entonces en un montón de ruinas, de las que aún salía el humo del incendio, la corrupción de los cadáveres de sus denodados defensores, y los lastimeros ayes de los moribundos y heridos.

Mandó Cortés que se procediese desde luego á limpiar la ciudad, á enterrar los muertos, ocupándose él mismo en repartir maíz y otras provisiones, que hizo venir de varias partes, á los infelices Méxica. Salieron á los pueblos cercanos á México todos los habitantes de la ciudad, á petición de Cuauhtémoc, y Cortés dispuso se hicieran ciertos actos religiosos en acción de gracias por la victoria alcan-